

## **La virtud de la esperanza en los sacerdotes mártires de la diócesis de Madrid.**

Nos enseña la fe que la virtud de la esperanza “es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo<sup>1</sup>”.

La esperanza es una virtud preciosa, que satisface la aspiración de felicidad que está inscrita en el ser humano y nos lleva a que incluso en las amarguras y las lágrimas de este valle terreno lleguemos a vivir en paz e incluso a preguntar la felicidad eterna a la que Dios nos llama.

La cruz y el sufrimiento forman parte de la historia humana desde el momento en que tuvo lugar el pecado original. Jesucristo nos ha redimido del pecado haciendo posible de nuevo la vida de gracia y de santidad y ha dado un nuevo sentido al dolor y al sufrimiento, que ahora se convierten en medio de dar gloria a Dios y de contribuir a la redención del mundo, lo que abre nuestros corazones a la esperanza aun en medio de las aparentes derrotas y fracasos temporales.

Como decía brillante y profundamente don José Guerra Campos hablando de los mártires de Cuenca, “Jesús, el Rey, rehuyó las aclamaciones de las muchedumbres, cuando querían hacer de Él un rey terreno y, sin embargo, dejando las noventa y nueve ovejas en el rebaño, salió en busca de la única descarriada, cuando se trataba de la salvación de las almas, porque Cristo Jesús, ha venido para insertarse en nuestra triste condición humana, en la condición de los descarriados, de los sometidos a la ceguera, a la oscuridad, al dolor. Su obra de liberación, de salvación, ha consistido precisamente en transformar esta miseria en un cauce de alegría y de esperanza. De lo más negro y miserable de la maldad humana, de la ceguera humana y quizá, lo que es peor, de la cobardía humana, el Señor hace brotar la Resurrección y la Salvación para nosotros”<sup>2</sup>.

Y es lo que vemos en el caso de tantos sacerdotes mártires de Madrid y de todas las diócesis y Órdenes y Congregaciones religiosas de España. De aquel odio, de aquella persecución contra todas las personas y edificios y objetos que recordaran a Dios y a todo lo sagrado, se obtuvo una serie de heroicos y ejemplares martirios y de actos de confesión de la fe y de olvido de sí mismo pensando solo en la gloria de Dios y en el bien de los demás. El primer tomo del Martirologio de Madrid<sup>3</sup>, una obra digna de elogio realizada en tiempos recientes, contiene fichas biográficas y martiriales de 427 sacerdotes y seminaristas, de los cuales 320 eran sacerdotes con oficio en la diócesis de Madrid-Alcalá, 24 eran sacerdotes castrenses y 11 seminaristas. Además hay información sobre otros 72 sacerdotes y seminaristas de otras

---

<sup>1</sup> CEC núm. 1817.

<sup>2</sup> JOSÉ GUERRA CAMPOS, *La esperanza del Evangelio* (Pozuelo de Alarcón 2009) 28.

<sup>3</sup> ARZOBISPADO DE MADRID, *Martirologio matritense del siglo XX. Los sacerdotes y seminaristas de la diócesis de Madrid-Alcalá y otros martirizados en Madrid I* (Madrid 2019).

diócesis. Todos ellos dignos de admiración y ejemplos sublimes que se nos ofrece para ser imitados.

Pero claro la esperanza requiere como condición previa la fe. Es el problema más grave de nuestro momento eclesial, la falta de fe, de donde vienen todos los demás males. Aquellos hombres de 1936, en concreto los sacerdotes de la diócesis de Madrid, eran hombres de fe, unos más virtuosos, otros menos, pero todos hombres de fe y esa fe les hacía vivir conforme a la esperanza que poseían de la vida eterna.

La virtud de la esperanza nos lleva a no apegarnos excesivamente a la vida terrena, sino a estar dispuestos a renunciar a ella o a ponerla en peligro por un bien superior. A este respecto y en honor de los sacerdotes de Madrid contaremos unos episodios dignos de ser convertido en películas a la altura de la famosa “Escarlata y negro” u otras semejantes.

En efecto, en Madrid, el hecho del tamaño de la ciudad y a pesar del fuerte espionaje montado por las organizaciones comunista y socialista, llegó a existir todo un entramado oculto de organización diocesana para atender clandestinamente a los cristianos en sus necesidades espirituales. Para mantener el culto católico en la medida de lo posible y para garantizar la autenticidad del mismo (la verdadera ordenación de los sacerdotes, el respeto a las exigencias de la validez y licitud de los sacramentos, etc) el Obispo de Madrid, Doctor Eijo y Garay, que se encontraba ausente de la diócesis al producirse el alzamiento nacional, al carecer de noticias sobre su vicario general, Don Manuel Rubio Cercas, nombró vicario para la zona liberada a Don Juan Francisco Morán e instaló la curia diocesana primero en Navalcarnero y luego en Cadalso de los Vidrios. Por su parte Don Manuel Rubio, que estaba oculto en la capital, logró evadirse aunque dejando a cargo de la diócesis a Don Heriberto Prieto, provisor de la diócesis, el cual estaba refugiado en el Hospital de San Luis de los Franceses. Este hospital pertenecía al estado francés y por ello no fueron asaltados y asesinados las religiosas y el vicario allí presentes<sup>4</sup>.

El Obispo de Madrid nombró también como vicario al padre Azemar, de nacionalidad francesa, el cual tenía libertad de movimientos por las calles del Madrid rojo. La situación llegó a poder hablarse de una, aunque relativa, “vitalidad diocesana y apostólica, todo lo cual decidió al doctor Eijo y Garay a designar representante suyo y vicario general para todos los efectos a don José María García Lahiguera”, el cual había sido director espiritual del Seminario y gozaba del afecto de muchos sacerdotes. Don José María, que luego moriría en olor de santidad, muchos años después, tras haber sido obispo auxiliar de Madrid, Obispo de Huelva y Arzobispo de Valencia, llegó a estar en contacto habitual con más de un centenar de sacerdotes durante la guerra.

Así, por ejemplo, se publicaba cada año el calendario litúrgico para las celebraciones, se enviaban circulares periódicas a los sacerdotes a su alcance, se financiaba a los sacerdotes ocultos. Ya en octubre de 1936 en la feligresía de Santa Teresa y Santa Isabel se organizó un servicio de ayuda económica al sacerdote por parte de varias jóvenes de Acción Católica, que

---

<sup>4</sup> Cf. ANTONIO MONTERO MORENO, *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)* (Madrid 2004<sup>2</sup>) 86.

recogían por las casas estipendios para la celebración de misas y luego incluso cuotas para culto y clero. Este sistema se montó a escala diocesana a partir de mayo de 1937 bajo la dirección del antes citado Don Heriberto Prieto, con la ayuda inestimable de Don José María Taboada Lago, secretario de la Junta Central de la Acción Católica Española. Este mismo señor, con la colaboración del llamado Servio de Información Española (S.I.E), llegó a conseguir que le pasaran desde zona nacional importantes cantidades de dinero rojo recién bloqueado en las ciudades que ocupaba el ejército de los nacionales<sup>5</sup>.

La organización de la pastoral no era un fin en sí mismo, se trataba de ofrecer la infraestructura mínima para poder llevar a cabo un servicio pastoral lo más intenso posible dentro de la situación de excepcionalidad que, tanto la guerra como, sobre todo, la persecución religiosa tan intensa, creaban. En estas circunstancias tan adversas resalta de manera extraordinaria la actividad pastoral de los sacerdotes, que es lo que ahora nos toca tratar, escribiendo verdaderas páginas propias del martirologio más excelsa.

De nuevo es una gran ayuda para conocer estos acontecimientos el magnífico estudio realizado por don Antonio Montero en su obra sobre la persecución religiosa entre 1936 y 1939. Contaremos el caso conocido por los contemporáneos como la Catedral de Hermosilla, que se trataba de un piso en el entonces número 12 de dicha céntrica calle de Madrid, donde residía una comunidad de religiosas reparadoras bajo el pabellón de la Embajada de Cuba. Por más sorprendente que parezca “allí funcionaba diariamente un turno regular de misas desde las siete hasta las once de la mañana. Los domingos, mientras un sacerdote celebraba, otro explicaba la homilía y los fieles tomaban parte activa en el santo sacrificio. Llegaron a celebrarse varias tandas de ejercicios espirituales de cinco días. Nunca faltaba en el piso un confesor de guardia para quien solicitase este sacramento (...) se enseñaba con carácter fijo el catecismo a niños y adultos. Allí se celebraban bautismos, bodas y cultos de toda índole<sup>6</sup>”.

Realmente estamos ante un espectáculo fascinante, pero no único, Don Antonio Montero recoge otra serie de casos similares: los sacerdotes del llamado grupo Villarrubí, un foco eclesiástico que de puertas para afuera pasaba como centro del Socorro Rojo Internacional, con sede en un piso de la calle Lagasca núm. 88<sup>7</sup>, la capilla llamada Betania montada por el padre Felipe Fernández, agustino, en el número 14 del Hotel Europa, la asistencia espiritual ofrecida en las pensiones Vasco-Leonesa (sita en calle Puebla 17) y Nofuentes (en la misma dirección), etc<sup>8</sup>.

Un ejemplo entre mil vamos a narrar a continuación. Lo hemos elegido por la concreto y detallado de su exposición si bien el autor no sufrió el martirio pero resulta evidente que afrontó continuamente su posibilidad y estaba plenamente dispuesto al mismo, dándonos por consiguiente un claro ejemplo de la mentalidad con que el resto de mártires y confesores de la fe actúan en Madrid. En efecto, Don Cesáreo Barroso cuenta su experiencia apostólica como

<sup>5</sup> Cf. IBÍD., 86-87.

<sup>6</sup> IBÍD., 104.

<sup>7</sup> Allí Don Tomás Ortega Ordás, don Hermenegildo López, don Ildefonso de Pedro Migueláñez, don Enrique Massó y otros sacerdotes pudieron desarrollar múltiples actividades apostólicas con mucho fruto: cf. ANTONIO MONTERO, 105

<sup>8</sup> Cf. IBÍD., 105-109.

apóstol clandestino en el Madrid de la guerra civil: “viví en la calle de Hermosilla, número 55, desde el 20 de noviembre de 1936 hasta el 29 de marzo de 1939. En el piso de Don Enrique Suárez Inclán, Ayala 9, tenía sagrario y celebraba un día en semana. Además de este sagrario, que consideraba propio porque estaba bajo mi custodia, utilicé otros en Hermosilla 12, Ayala 4, Libertad 6, Velázquez 82 y algún otro que no recuerdo.

“Actividades apostólicas: veintitrés bautismos, asistí a 12 matrimonios, ni estuve encarcelado ni realicé apostolado con cautivos. Con sacerdotes, visita y ayuda habitual durante algún tiempo a 32 sacerdotes escondidos. Auxilio transitorio a más de un centenar de sacerdotes que venían de fuera de Madrid muchos de ellos y celebraron la Santa Misa en mi domicilio uno o más días”.

“Con seminaristas: personalmente presté ayuda, espiritual y material, a muchos (...) Del crecido centenar que salvaron la vida y la vocación en Madrid (...) acaso no lleguen a diez los que no recibieron algún auxilio en mi casa, personal de mi mano, o del director espiritual, hoy obispo auxiliar doctor García Lahiguera”

“Con los fieles moribundos. En hospitales: Valdelatas, Princesa, Provincial, San Carlos, del Rey, Militar, instalado en el Colegio del Sagrado Corazón de Claudio Coello. En domicilios particulares creo haber celebrado la santa Misa en más de cincuenta domicilios distintos. (...) recuerdo que el día del Corpus Christi del año 1938 subí 90 pisos, con 1923 escalones para repartir 537 comuniones”.

“Tuve monumento de Jueves Santo dos años; el 38 fue visitado por más de 200 personas”.

“Prediqué novenas con exposición mayor del Santísimo Sacramento, dirigí retiros mensuales a dirigentes de Acción Católica, celebré reuniones semanales de estudio y apostolado con siete sacerdotes, cinco directivos de Centros de AC y cuatro señoritas, directivas también, que me servían de enlace para administración a moribundos de los últimos sacramentos. No puedo precisar el número de moribundos (...) puede calcularse en unos 250, además de los que visité en hospitales<sup>9</sup>”.

Es también digno de mención, por la relevancia de su posterior ministerio sacerdotal en la Iglesia de España, don José Artero, canónigo de Salamanca y que luego sería rector de la Universidad Pontificia de dicha ciudad, el cual desarrolló una intensa actividad ministerial y apostólica en varias capillas clandestinas en Francisco Silvela 69, San Mateo 11 y la calle de Martínez Campos, en la casa de los señores de Llaguno.

Consta también, como fácilmente se puede colegir, que con frecuencia estas actividades, que estaban prohibidas por el mando rojo, se veían interrumpidas por registros de la policía, detenciones y no pocos de aquellos intrépidos sacerdotes y fieles terminaban ajusticiados en un paredón de ejecución o en una cuneta o eran encarcelados en el mejor de los casos.

---

<sup>9</sup> ANTONIO MONTERO, 112-113.

Pero de esta forma obraron innumerables sacerdotes diocesanos y regulares en Madrid, hasta que fueron detenidos y muchos de ellos martirizados. Y esto realmente nos llena de asombro y nos deja un ejemplo a imitar. Todas las demás empresas de la Iglesia, sean cuales sean, palidecen al lado de la pureza misteriosa, pero casi tangible, de esta entrega total de uno mismo, hasta ofrecer voluntariamente la propia vida, en conformidad con la voluntad del Padre.

Todos estos sacerdotes de Madrid y de tantos lugares que estamos hoy aquí recordando y ensalzando, podían haber huido o al menos haberlo intentando, no pocos hermanos suyos lo hicieron y lo hicieron legítimamente. Por eso con razón otro santo, quizás mártir también, aunque “sin clavos”, al conmemorar a los mártires decía: “por eso, más de una vez, oralmente y por escrito, me he atrevido a reiterar que los mártires son el caudal más precioso de que dispone la Iglesia de España en todo el siglo XX y en muchos siglos y ninguna otra empresa se les puede comparar. En los mártires brilla, como en ningún otro lugar, la supremacía del poder de Dios, brilla precisamente en el abismo de nuestra pequeñez, de nuestra debilidad, de nuestro desvalimiento, de nuestra impotencia<sup>10</sup>.”

“En los mártires se alimenta la esperanza alentadora, estimulante, porque con su muerte dan testimonio de algo que vale más que la vida que parecen perder, y vale más que la vida porque es más vida: la vida oculta en Dios de Cristo Resucitado. Y, sobre todo, porque los mártires no son mártires de una idea, son mártires testigos de la presencia viviente en ellos de Cristo Jesús, el Protomártir: Cristo Jesús, que cuando Saulo perseguía, en Palestina, en Siria, en Damasco, a los cristianos de la primera generación, un Saulo que jamás pensó que estaba persiguiendo a Cristo, que daba por muerto, le salió al paso en el camino para recordarle: Saulo me persigues a mí, ‘Yo soy Jesús a quién tú persigues’”<sup>11</sup>. “El que a vosotros persigue a mí me persigue”.

El fenómeno de un fervor inusitado y de una puesta en práctica de tantas virtudes que hemos visto en esa pastoral clandestina se hizo especialmente presente en la devoción que reinó en las cárceles madrileñas durante los tres años de dura guerra civil, dando lugar a nuevos y brillantísimos ejemplos que parecerían sacados de los martirologios más bellos de la época de las persecuciones romanas, de la Iglesia primitiva, especialmente ejemplarizante para toda la Iglesia.

De nuevo nos permite don Antonio Montero acercarnos a esta realidad en su magnífica tesis doctoral. Como este autor nos indica, los primeros días de la guerra “la vida religiosa fue la propia de quien está en capilla, reducida a jaculatorias de agonía, contriciones intensas y absoluciones *in articulo mortis*”<sup>12</sup>. Después ya se fue organizando más la vida cristiana originándose también episodios realmente asombrosos. Son famosos los casos de las prisiones de San Antón (instalada en el colegio escolapio del mismo nombre), la de Porlier (otro improvisado centro penitenciario instalado en un colegio de Dominicos sito en el número 54 de la calle del General Porlier), la Cárcel de Ventas o la Cárcel Modelo.

---

<sup>10</sup> JOSÉ GUERRA CAMPOS, *La esperanza del Evangelio* (Pozuelo de Alarcón 2009) 33.

<sup>11</sup> IBÍD.

<sup>12</sup> ANTONIO MONTERO, 145.

En todos estos lugares la gran concentración de sacerdotes y religiosos, así como de varones católicos piadosos hizo que desde el principio se rezara lo más posible el rosario, por más que hasta esto había de llevarse a cabo de manera disimulada y oculta, las confesiones, muchas veces a escondidas, y la atención pastoral individual, si bien no faltaron lugares y momentos de celebración de la Eucaristía y de otros ritos sagrados, como la celebración de la Liturgia de las Horas cuando podían hacerse con algún Breviario, el rezo del Vía Crucis o la Misa seca, con asistencia colectiva los domingos: “consistían estas misas en la lectura del texto litúrgico del día, la explicación de la epístola y del santo evangelio y la comunión espiritual. Sólo en la noche de Navidad y quizás en alguna otra ocasión furtiva pude el jesuita H. Campillo agenciárselas para fabricar hostias y hacer posible la Misa propiamente dicha”<sup>13</sup>.

En efecto, siguiendo de nuevo a Guerra Campos, necesitamos caer en la cuenta de que “el mártir es aquel que muere porque alguien odia su fe, su causa, su Iglesia, no porque le odien a él, sino lo que él representa y lo que es razón de su vida. Y el mártir es aquel que corresponde a este odio homicida, con la sublime, la más alta manifestación del amor, que es tener por amigos a los que le matan y amarles, perdonándoles como Cristo Jesús en el Calvario. En nuestro caso, como en tantos otros, el odio a la fe no significa que la Iglesia piense en la responsabilidad de todos y cada uno de los ejecutores. Alguien podrá decir, y muchos se complacen en decirlo, que, aunque obcecados, lo hacían por motivaciones que no iban contra la religión, sino porque veían en la Iglesia, o les habían hecho ver, una enemiga del pueblo, una fautora de los poderosos, comprometida con la opresión. (...) Pero esto no tiene interés ninguno, lo que importa es que eran consciente o inconscientemente instrumentos del odio, de otros que sabían muy bien lo que hacían y odiaban a la Iglesia, no por unos fallos u otros, no por comportamientos personales, que casi nunca se dan en el caso del martirio, sino como tal institución religiosa que predica la vinculación del hombre a Dios y que es incompatible, según ellos, con un proyecto de mundo feliz, autónomo, totalmente emancipado y autosuficiente”<sup>14</sup>.

Ciertamente así sucedió en la persecución religiosa contra la Iglesia Católica en los años 30 del siglo pasado. Es algo que ya está más que probado y resulta evidente para el historiador de buena fe, aquel que quiere de verdad descubrir lo que sucedió y no torcer los hechos para que respondan a teorías preconcebidas. Como mero botón de muestra contaremos lo que sucedió con el Beato Agustín Navarro Iniesta, 34 años, coadjutor en San Sebastián de Carabanchel Bajo. El 13 de julio reza un responso en el Cementerio de la Almudena ante el cadáver de Calvo Sotelo, se refugia en Zurgena ante el comienzo de la guerra junto con otros cuatro sacerdotes. Lo juzgan y absuelven, pero en breve lo vuelven a molestar. Ante la sugerencia de huir y esconderse asevera: “¿Y por qué me tengo que esconder yo, si no he hecho nada malo? Y si me matan es sólo por la causa de Dios”<sup>15</sup>. Era a todos manifiesto que la Iglesia estaba condenada al exterminio por aquellas ideologías predominantes en parte de las clases dominantes en la Segunda República, independientemente de cuál fuera el comportamiento personal de sus miembros.

---

<sup>13</sup> MONTERO 155.

<sup>14</sup> GUERRA CAMPOS, *La esperanza del Evangelio*, 30-31.

<sup>15</sup> Cf. ARZOBISPADO DE MADRID, *Martirologio Matritense* (Madrid 2019) 25.

Muchos otros ejemplos se podrían citar del clero secular y regular en Madrid, Fueron asesinados sacerdotes de gran valor académico o cultural, otro muy sencillos y entregados a su misión pastoral, se llegó a asesinar a varios hermanos sacerdotes juntos, se dieron múltiples casos de un enseñamiento realmente satánico, todo estaba bien visto y justificado por los que querían destruir la fe para construir el paraíso en la tierra sin Dios<sup>16</sup>.

Finalmente debemos recordar que, frente a este odio basado en una ideología que tenía su fundamento en la lucha de clases, en todos estos mártires refulge el misterio de la confesión de fe, no agresiva, sino evangelizadora, con amor a los verdugos, el misterio del perdón, evocando el perdón de Cristo en la Cruz. Por eso, estamos aquí para dar gracias a Dios y para pedirle que, por medio de la ya sucedida glorificación de tantos hermanos nuestros mártires y de los que poco a poco van uniéndose al catálogo de los beatos y de los santos, nos convirtamos todos en instrumentos más idóneos para la obra de evangelización, que tanto urge ahora en la Iglesia; porque estos hermanos mártires son la realización más perfecta del Evangelio.

Recordemos cómo el Señor se identifica absolutamente con sus seguidores “El que a vosotros persigue a mí me persigue”. Y es este mismo Jesucristo que se hace uno con los perseguidos, con los mártires, como si se prolongase en el tiempo su martirio supremo, el martirio creador, redentor, de la cruz, es el que en los mismos mártires, uno a uno, habla diciendo eso, que fuera de nuestra fe resulta increíble: “Padre perdónales”<sup>17</sup>, que es el gran ejemplo sublime de nuestros mártires<sup>18</sup>.

“Alguna vez, voces atrevidas, incluso eclesiásticas, han osado alguna vez insinuar, que la Iglesia de aquel tiempo, de estos sacerdotes mártires de Madrid, era más de Cristo Rey, triunfante, avasallador, que no del Cristo manso de la Cruz. ¡Qué error! Todos los millares de mártires, sin excepción, pensaron inmediatamente, porque les salían de su propia vida interior cristiana, en el Cristo manso de la Cruz en el que dice: “Perdónales Padre”. Y dijeron lo mismo; Cristo lo dijo en ellos. ¡Demos gracias a Dios! Pidamos al Señor que esta lección se haga cada vez más viva y universal en medio de nosotros”<sup>19</sup>.

Vamos a dar gracias a Dios incorporando este recuerdo de estos sacerdotes mártires de Madrid, al Martirio, a la Pasión, a la Muerte y a la Resurrección de Cristo el Señor en la Santa Eucaristía. Y vamos a dar gracias a Dios también con estas Jornadas Martiriales en que como buenos discípulos de Cristo reconocemos la gran obra realizada por el Señor en estos siervos suyos a los que nos queremos parecer cada día más.

---

<sup>16</sup> Cf. *Martirologio Matritense I*.

<sup>17</sup> Lc 23, 34

<sup>18</sup> Cf. GUERRA CAMPOS, *La esperanza del Evangelio*, 34.

<sup>19</sup> IBÍD, 34.